

De lo preciso y de lo innecesario

La espinosa belleza del mundo

TOMÁS GONZÁLEZ

Seix Barral, Bogotá, 2019, 428 pp.

NO HAY ni un solo cuento de esta colección que no empiece con una gran frase. Se termina un cuento, que quizás le gustó a uno o quizás no, y al empezar a leer el siguiente de nuevo se abren los ojos de par en par y la mente cae como en un trance; sin tomar aire nos sumergimos en la vida de alguien más. Basta con leer la primera de 37 oraciones iniciales, la del cuento “Verdor”, para sentir que aquello es un mundo, un momento y un sentimiento terribles, todo al tiempo: “Después de la tragedia se quedaron todavía por un tiempo en Bogotá” (p. 21). Parece magia. Pero decir eso sería una injusticia con Tomás González y su habilidad con la máquina de escribir.

La espinosa belleza del mundo reúne los cuentos escritos por González en las últimas tres décadas. Mucho tiempo. Contiene 34 cuentos publicados en tres libros anteriores, *El rey del Honka-Monka* (1993), *El lejano amor de los extraños* (2012) y *El Expreso del Sol* (2016), y tres cuentos más, inéditos. Son muchos cuentos, con lo cual uno se pregunta si no hubiera sido mejor una antología en la cual disfrutar de lo mejor que el escritor antioqueño ha producido en el género. Afortunadamente, en este caso los desmanes comerciales de la editorial no afectan la enorme calidad literaria del libro.

Desde que leemos el elogio infinito plasmado en la carta de Peter Schultze-Kraft –el amigo y traductor de González al idioma alemán– y el primer epígrafe del libro, un poema del mismo autor, es claro que estos cuentos, con todos sus temas, personajes y vaivenes, son una forma de expresar la vida misma. “Te limitas a los temas eternos de nuestra existencia” (p. 7), le escribió oximóricamente Schultze-Kraft a González, aunque también resulta ser cierto. Cada cuento es un retazo de vida, claro, nítido y tan colorido como la historia lo permita. Por eso, la mayor virtud de esta colección es la posibilidad de que cualquier persona

encuentre entre los 37 cuentos un pedazo de su propia vida. Lo que no es probable es que a un lector le gusten absolutamente todos los cuentos, pero tampoco se le puede exigir tanto ni a esta ni a ninguna colección.

El libro es como un álbum de fotografías que uno encuentra en la casa de un extraño. Cada foto retrata personas que uno no conoce y, sin embargo, uno quisiera saber quiénes fueron. ¿Por qué esa sonrisa o esa mueca de disgusto? ¿Por qué se ve tan demacrado? ¿Seguirán juntos aquellos dos? Algunas de estas preguntas quedarán sin respuesta para siempre y eso está bien. Cada personaje está construido y narrado de manera que nunca parece incompleto o plano; es decir, sabemos lo que debemos saber de ellos y de la historia que estamos leyendo. Joseph Conrad, excelentísimo escritor, escribía páginas completas sobre la historia de cada uno de los personajes que aparecían en sus novelas, de manera que era imposible no saber cuál era la actitud de cada uno hacia la vida y hacia la gente al alrededor, o adivinar sus emociones en cualquier momento. Tomás González logra lo mismo en un par de oraciones. “Con paciencia de amaestradora logró inculcarle una habilidad que la mujer de don Eduardo usaría a lo largo de su existencia para entender horóscopos de periódicos y revistas, chismes sobre artistas de cine y subtítulos de películas como *Sissi emperatriz*” (p. 101).

En este cuento, “Aguaceros de mayo”, nunca sabemos cuál es el nombre de la mujer de don Eduardo, ni nos hará falta saberlo. A diferencia de Conrad (y guardando distancias entre autores y entre novela y cuento), González nos da información incompleta todo el tiempo de manera premeditada y consciente, y aun así logra darle sentido a la narración. Tampoco importa si nunca sabemos cuál fue la tragedia que aconteció a los personajes de “Verdor”, o cómo y por qué en “La casa en llamas” llega un niño a una casa ajena o cuál fue la crisis que sufrió la protagonista del mismo cuento. Lo que sabemos, a medida que avanza la narración, son las consecuencias de esos momentos, cómo se ven afectadas, a veces irremediablemente, las vidas de esos personajes en el pequeño trayecto de tiempo y espacio entre el comienzo y el final del cuento. También sabemos que en cualquier caso

la vida sigue, que no se detiene al acabar de leer el cuento.

Los cuentos, en general y por su brevedad, exigen del escritor una economía del lenguaje para contar todo lo que quieren en la mínima expresión posible. González no solo goza del maravilloso hábito de economizar en su escritura, sino que además lo hace de manera que cada frase encaja perfectamente con la siguiente. Su prosa es precisa y se desliza con suavidad hacia lo poético para luego regresar sin ningún esfuerzo. “Después comía huevos mientras leía titulares. Y así seguía hasta la noche, cuando los periodistas parecían aflojar un poco la garra, como para no matarlo, y le permitían otra vez descansar en el manglar absurdo de sus sueños” (p. 251). Cada cuento es un bello rompecabezas que fascina a un lector afanado y premia a los que sean más metódicos y detallistas.

A pesar de los cuentos preciosos que contiene, *La espinosa belleza del mundo* es una adición innecesaria a la extensa obra de Tomás González. Cualquiera de los tres libros incluidos en esta colección es más accesible que un solo tomo con 37 cuentos, aunque eso no significa que los más apasionados lectores de cuentos y de González no disfruten de tenerlos todos en la mano.

José M. Lleras